

VIVIR LOS SACRAMENTOS

Presentación

Este nuevo Cuaderno de espiritualidad ha sido elaborado en varias etapas. La anterior apareció bajo el mismo título como material de apoyo para la Comunidad de Vida Cristiana (CVX), pero no comportaba ni ejercicios ni los sacramentos de Orden y Unción de los enfermos.

¿Qué uso dar al presente material? La respuesta, desde luego, dependerá de cada uno, pero cabe hacer algunas sugerencias. Este Cuaderno es como un punto de convergencia entre catequesis y espiritualidad. Cada capítulo, salvo el primero, está dividido en tres partes: breve presentación del sacramento, proposición de ejercicios para mejor vivir la gracia propia del mismo, elementos de la espiritualidad ignaciana que nos pueden ayudar para ese fin. Podemos suponer que la tercera parte no interesará mayormente al lector de otra espiritualidad, salvo para buscar un equivalente en la propia. La primera, simple aunque cuidadosamente elaborada, permite refrescar la memoria o puede servir de pauta para una catequesis. La segunda ofrece medios para no quedar en el simple plano conceptual, sino integrar en la propia vida el significado y alcance real del sacramento. Luego la tercera abre camino para una prolongación de la reflexión o de la práctica, en la línea ignaciana.

Este modo de vincular catequesis y espiritualidad corresponde a una intuición de S. Ignacio que el autor había presentado ya en el último capítulo de nuestro Cuaderno 72, **Evangelizar con nuevo ardor**; esta vez la pone en práctica acerca de los sacramentos.

Según el tiempo disponible, el gusto y la necesidad, cada uno podrá hacer más o menos ejercicios, recorrer todos los sacramentos o algunos, o uno solo a la vez durante unos días. Quizás el cuaderno resulte especialmente útil en las primeras etapas de formación a la vida religiosa y en comunidades laicales. Compartir algo de la experiencia inducida será también provechoso. Por último, algunos querrán quizás hacer su retiro anual con una parte o la totalidad de los recursos ofrecidos, puesto que los sacramentos son, en torno al principal de ellos, la eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana.

CEI

VIVIR LOS SACRAMENTOS

Guido Jonquières, S.J.

Sugerí como título: "Vivir los Sacramentos", porque supongo que nos interesaría poco una consideración puramente teórica o especulativa. Ahora bien, vivimos respecto de los sacramentos, una situación contradictoria:

- * Por un lado, raras veces o quizás nunca, han sido tan valorados: comunión frecuente, peticiones de misa para toda circunstancia, revisión sistemática de los ritos (Vaticano II), esmero en prepararlos (o preparar a los que los van a recibir), liturgias penitenciales variadas...
- * y, al mismo tiempo, desafección, baja de la práctica, en muchas partes, con el caso más observable del sacramento de penitencia o reconciliación.

Tal vez esta doble corriente se deba, al menos en parte, a una teología implícita deficiente, que vinculó excesivamente los sacramentos con la devoción personal o, cuando más, con la salvación personal (el bautismo), y los relacionaba poco con la vida y misión de la Iglesia.

En todo caso, me parece útil comenzar con una aproximación global a los sacramentos, antes de pasar revista a todos ellos más en detalle. Este enfoque global marca todos los desarrollos posteriores, pero podrá ser útil releerlo entre un capítulo y otro, para asimilarlo profundamente.

I. LOS SACRAMENTOS EN GENERAL:

¿Qué es lo que está en juego en ellos?

1. Los sacramentos y la liturgia que se organiza en torno a ellos, son los momentos en que "**actuamos**" y captamos actuándolo, **el sentido profundo de nuestra existencia**, en especial de sus momentos más decisivos. En este sentido, son la cumbre de una cultura cristiana, de toda cultura cristiana; son la experiencia más viva de nuestra existencia; no son sólo una reflexión,

sino un actuar. Sin ellos, el resto se fragmenta y debilita: la fe se vuelve demasiado subjetiva (vacía), la comunidad se vuelve más sociológica que fundada en la iniciativa de Dios, en la caridad de Cristo, el enfoque de la vida, más ideológico que místico, etc. Lo que un misionero de Vietnam decía del culto de unos paganos montañeses minoritarios, debiera ser más cierto aún de la liturgia cristiana y sus sacramentos: "la experiencia más alta y más valde de su existencia", "el fenómeno más vivo de su existencia". ¿En cuántos de nosotros o de nuestras comunidades se da esto y hasta qué punto?

2. Por eso y para eso, los sacramentos son **gestos humanos** muy expresivos en sí mismos y, además, "**sobredeterminados**", es decir, recargados o, mejor dicho, reconcentrados de sentido.

Ejemplos:

- La Eucaristía es comer juntos.
- El Bautismo es dar un baño.
- Las Unciones son un perfumar.
- El Reconciliar también un acto muy humano.
- La Unción de enfermos es dar un remedio.
- El Sacramento del Orden, el Matrimonio son una misión, una misión de amor.

Jesús y la Iglesia no han elegido gestos arbitrarios: han hecho de gestos ricos y decisivos, gestos (y ritos) aún más ricos y decisivos por su referencia a Cristo mismo y a su "misterio pascual".

Como otros ritos (y los mitos subyacentes), dicen y "actúan" lo que es la condición humana, no su ideal: ayudan a aceptarla, acogerla, asumirla. Es el **aspecto simbólico** de los sacramentos.

Ejemplos:

- el Bautismo simboliza vida nueva.
- la Eucaristía simboliza compartir la misma vida.
- el Matrimonio simboliza la unión de Cristo con la comunidad (con la Iglesia).

Pero además, hacen referencia explícita a Cristo y, por él, a una historia, no a un mito. Actualizan, hacen presente no sólo un momento del ciclo natural de la vida, sino el momento en que se nos dio **LA** vida, fecundando así con

una profundidad impensada, inimaginable, la totalidad y los momentos de nuestra vida normal y ordinaria. Es el aspecto llamado "**indicial**" de los sacramentos. Después de la reforma litúrgica conciliar, en todos los sacramentos (en principio), este aspecto se enfatiza con alguna lectura de la Palabra de Dios, indicio de que no se puede dar sacramentos sin antes evangelizar: ¿gran desafío hoy aquí!, débilmente asumido en las famosas "charlas".

3. Los sacramentos no sólo se refieren a Cristo: él es el actor principal; Jesús bautiza, Jesús nos toma y asume en su oblación. Los sacramentos son gestos o "palabras visuales" del Señor (San Agustín).

4. Los sacramentos todos, como todos los ritos importantes (ver el Dieciocho, los 15 años de la hija...), son una **celebración** (en este caso, litúrgica). Tienen (deben tener) un aspecto festivo -lo que no significa jolgorio o revoltura- son fiesta sobria (los ritos realistas degeneran), pero fiesta sentida... aún en el sacramento de Penitencia o en la Unción de los enfermos:

- celebración de lo que ya es: fe, amor, comunidad... que, por gracia, han comenzado (aunque imperfectamente);
- celebración que **manifiesta** la profundidad de lo que es: presencia actuante de Cristo y su Espíritu;
- celebración que, por eso, es **gracia**: "la gracia del sacramento es el mismo sacramento", como manifestación de Dios actuando. Por eso decía Santo Tomás de Aquino que los sacramentos aumentan la gracia "como los besos aumentan el amor". No se puede celebrar si no hay nada; pero cuando celebro, acelero o profundizo lo que es. Celebrar la fe, el amor, la comunidad, nos propulsa hacia más fe, más amor, más comunidad... Una comparación moderna sería el acelerador de partículas. Comprendamos, pues, lo que esto exige de calidad en la celebración:

"expresión justa del misterio" : validez del sacramento,

"impresión eficaz en el hombre": fructuosidad del sacramento, es decir que produzca sus frutos.

5. Los sacramentos son **para la Iglesia**, antes que para los individuos... y la Iglesia para la salvación de todos. Son para hacer Iglesia y para que

nosotros seamos Iglesia.

Desgraciadamente fuimos acostumbrados a un cortocircuito teológico: del signo sacramental, a la gracia inmediatamente comunicada a cada individuo. El ítem anterior sobre la celebración, nos orienta hacia una comprensión teológicamente mucho más exacta; la que mi reciente título expresa diciendo: son para la Iglesia.

La teología de los sacramentos distingue tres niveles y no dos:

- 1) el rito sacramental;
- 2) la relación a la comunidad celebrante que éste expresa (y por medio de ella a la Iglesia toda);
- 3) el ingreso a la Iglesia Cuerpo de Cristo, organismo de la gracia para todos (sacramentados y otros);

o bien, en otras palabras,

- 1) el signo sacramental;
- 2) su sentido: una relación nueva a la sociedad Iglesia;
- 3) la gracia (dada y recibida) por ser la Iglesia "sacramento fundamental" (organismo fundamental de la gracia).

Opacar esto, por una práctica individualista y devocional, entraña graves inconvenientes:

- desvirtúa el mismo signo sacramental, reduciéndolo a algo trivial, o mágico, o a ingrediente de una devoción sin Iglesia;
- debilita la Iglesia como sociedad y como organismo de la gracia: se vuelve fofa, sosa, insignificante;
- dificulta, por lo mismo, el acceso a la gracia de los sacramentados y de todos los demás: la salvación se reduce a una idea bastante insignificante o se achata en experiencias sociales desligadas de Cristo y de Dios, con lo cual deja de ser salvación.

Si pretendemos, como herederos de S. Ignacio, tener "el sentido verdadero en la Iglesia militante", debe resultarnos "natural" el valorar y practicar los sacramentos, con toda su resonancia eclesial, espiritual y moral. De hecho, creo que

es así y en buena hora, pero miremos más de cerca.

II. VIVIR COMO BAUTIZADOS

Tendemos a decir: "fui bautizado". Sería más exacto: "soy un bautizado"... si es que hemos asumido nuestro bautismo.

1. ¿Qué es ser bautizado?

Como siempre, para captar el alcance de un sacramento, lo mejor es partir de su rito: gestos y palabras indican lo que expresan, celebran y generan.

1.1. Significado del rito del agua: es al menos doble.

a) Baño o aseo, para una purificación.

El verbo griego **katharizo** es propio del Nuevo Testamento; significa purificar. ¿De qué? Del pecado, sea como pecado personal en el bautizado adulto, sea como situación objetiva de alejamiento de Dios en el niño, por ser miembro de la humanidad pecadora (pecado original).

El símbolo secundario de la ropa blanca designa entonces la inocencia recobrada.

b) Hundimiento para una muerte y resurgimiento fuera del agua, para una vida nueva.

De nuevo, **baptisma** (=hundimiento), es una palabra propia del Nuevo Testamento.

Las dos etapas corresponden a la ambigüedad "natural" del agua, que puede matar pero también da vida.

El bautismo es muerte al pecado, al "hombre viejo", con Jesús (cf. Rom.6; Col.2,12; 3,1-4), para participar de su resurrección, de la vida nueva e

inmortal que Dios nos da gratuitamente por Cristo (nacimiento del agua y del Espíritu, cf. Juan 3).

La ropa blanca toma, entonces, un segundo significado: designa la gloria de la vida eterna que comienza ("revestirse de Cristo" Gál. 3,27; Rom. 13,14).

1.2. Significado del óleo

Este óleo se llama crisma.

Santo crisma = la materia que unge,

Cristo = el ungido.

Ser ungido, es decir, sellado y empapado por el Espíritu Santo, como Jesús que es Cristo = Mesías = Ungido por el mismo Espíritu; para ser como él, sacerdote, profeta y rey.

Sacerdote, apto para ofrecer su vida y el mundo a Dios, santificándolos.

Profeta, para discernir la acción de Dios y su deseo; para dar testimonio, especialmente de esperanza.

Rey, para dominar la creación y transformar el mundo según Cristo (servicio del Reino, **Lumen Gentium** 34-36).

Por la combinación de ambos signos (cf. Tito 3,5) somos hechos:

- **hijos de Dios**, en Cristo, por el Espíritu. Esa filiación es un don gratuito, por recibir en la libertad de la fe;
- y **hermanos** sin ninguna diferencia esencial (cf. I Cor. 12,13; Gál.3,27-28; y Filemón que muestra las consecuencias prácticas);
- por **incorporación a la Iglesia** (anticipo del Reino futuro de Dios en que ya entramos). Somos hijos de Dios por la aceptación de la paternidad libre que El nos ofrece. Es decir, los sacramentos son para la Iglesia, para constituirla; y la Iglesia (los bautizados) es para el bien de todo el mundo.

1.3. Significado de la luz: (cirio pascual, vela)

El cristiano es "iluminado" por el bautismo, mejor dicho, por Cristo en quien

es bautizado, Cristo que es "la luz del mundo". Esa luz, en la vida, se manifiesta por la fe y por la sabiduría cristiana que de ella proviene (cf. Hebr. 6,4; I Pedro 2,9: "llamados de las tinieblas a su luz admirable"; Juan 9). Así el cristiano podrá ser luz para el mundo (Mt. 5,14-16).

2. Ejercicios

2.1. Saborea los pasajes de la Escritura señalados en las páginas anteriores, poco a poco, a tu ritmo, concluyendo cada vez con un coloquio apropiado. Recuerdo que un coloquio es una conversación sencilla con el Padre, con el Señor Jesús, con la Virgen, etc. Gracias a esta conversación, lo que podría quedarse en pura reflexión se transforma en oración.

2.2. Medita Ef.1,3-6 y/o I Pe.1,3-9. Para concluir, prefiere el padrenuestro.

2.3. Medita Rom.5,1-11, agregando la frase de Rom.5,20:"donde abundó el pecado sobreabundó la gracia".
Para el coloquio (EE.53): "Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio: cómo de Creador vino a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados.
"Otro tanto mirando a mí mismo: lo que hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo;
"y así, viéndole tal, así colgado en la cruz, discurrir por lo que se me ofrezca."

2.4. Puedes aprovechar también I Pe.4,1-6 (o 4,1-11), con el siguiente triple coloquio (EE.63):

"A nuestra Señora, para que me alcance gracia de su Hijo y Señor para tres cosas:

- que sienta interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento de ellos,
- que sienta el desorden de mis operaciones y, aborreciéndolo, me enmiende y me ordene,
- que tenga conocimiento del mundo, para que, aborreciendo [sus criterios], aparte de mí las cosas mundanas y vanas...Y, con esto, una avemaría.

"Otro tanto al Hijo, para que me alcance [lo mismo] del Padre...Y, con esto, el Alma de Cristo.

"Otro tanto al Padre, para que el mismo Señor eterno me lo conceda...Y, con eso, un padrenuestro."

- 2.5.** Toma Lc 19,1-10. Trata de imaginar cómo se habrá manifestado la conversión de Zaqueo en lo sucesivo y saca luces para ti.
Como coloquio, puedes utilizar el salmo 51 (50), aprovechando su doble cara de arrepentimiento y de esperanza.
- 2.6.** Pide "conocimiento interno del Señor que por ti se ha hecho hombre, para amarlo más y seguirlo mejor." (EE.104)
Toma Mc 4,35-5,20. Contempla, admira. Para concluir el coloquio, prefiere el Alma de Cristo.
- 2.7.** Pide al comienzo la misma gracia que en la oración anterior. Haz una lectura meditativa de Jn 9. Para concluir el coloquio, puedes rezar:
"Oh Dios, que nos muestras la luz de tu verdad, concede:
- a todos los cristianos -y a mí entre ellos- rechazar lo que es indigno de este nombre y cumplir cuanto en él se significa,
- y a los extraviados, que puedan volver al buen camino, por J.C., N.Señor"
(misal).
- 2.8.** Toma Fil.2,5-11, meditando o contemplando. Para concluir tu coloquio, puedes tomar del misal:
"Oh Dios, que por medio de la humillación de tu Hijo levantaste a la humanidad caída, concede a tus fieles la verdadera alegría, para que, librados de la esclavitud del pecado, vivan siempre de acuerdo con la fe que profesan, unidos por el amor de caridad. Por J.C., N.S."
- 2.9.** Haz un examen de tu incorporación a la Iglesia:
- da gracias por lo que, en tu vida, manifiesta tu pertenencia a ella;
- observa si no podrías dar pasos de mayor integración o participación;
- pide perdón de tus eventuales dejaciones al respecto;
- clarifica tu postura para adelante: ¿puedes y debes dar pasos de mayor

integración (misa, otros sacramentos, participación más activa en una comunidad de Iglesia, ofrecer tus servicios...)? ¿qué vas a hacer? ¿cuándo?.

3. ¿En qué nos ayuda nuestra espiritualidad para vivir como bautizados?

Siempre una espiritualidad es un cierto enfoque de la vida cristiana o del Evangelio, y una pedagogía apropiada para desarrollar este tipo de vida.

En nuestra espiritualidad, el instrumento principal son los **Ejercicios Espirituales**, pero lo que aprendemos y experimentamos en ellos se difunde en la vida, antes y después.

El **Principio y Fundamento** de los Ejercicios Espirituales, que no es un punto cero para el ejercitante, renueva nuestra experiencia y nuestra conciencia de que Dios es Dios y Padre, fuente de la vida; nos ayuda a tomar conciencia de su paternidad.

La **Primera Semana** actualiza la muerte al pecado, por purificación penitencial y renacimiento desde la muerte de Cristo.

Las **tres semanas siguientes** (e incluso desde el coloquio de la primera meditación de la Primera Semana) procuran:

- la asimilación a Cristo (ver la gracia pedida en Segunda, Tercera y Cuarta Semana),
- y la entrada en su actitud filial y su misión (por la "elección"); lo que significa vida apostólica y servicio.

Secundariamente, María, asociada con Cristo, es también nuestro modelo en la disponibilidad al Padre, en el cumplimiento de su vocación; y es intercesora nuestra para conseguir la gracia.

Vivenciamos la **unción del Espíritu**:

- en su aspecto sacerdotal, por nuestro ofrecimiento en la contemplación del Rey y la oración: "Tomad, Señor y recibid..."
- en su dimensión profética, por el discernimiento y la elección; sobre todo en la Segunda Semana, usamos la luz de Cristo, ejercitamos la sabiduría

- cristiana, que se desarrolla en el aspecto siguiente;
- en su dimensión real (o regia), por el trabajo y/o el servicio que hemos descubierto como nuestro en la elección. San Ignacio nos enseña a ser "cooperadores de la creación y de la redención"; los laicos lo hacen principalmente en el orden "temporal" (oficio o profesión, familia, cultura, política, etc.).

Actualizamos nuestra **incorporación a la Iglesia**, sobre todo a través de tres experiencias:

- la dirección o acompañamiento espiritual (para aprender el discernimiento y la sabiduría cristiana);
- la vida comunitaria, desde la propia comunidad hasta el nivel mundial; el "sentir con la Iglesia" o "sentirse Iglesia": participación en los sacramentos, atención y fidelidad a la voz de la jerarquía, captada como voz de Cristo, servicio a los más necesitados, búsqueda del bien más universal;
- la vida de cada día, donde, además de los sacramentos, dos medios principales y muy ignacianos nos permiten vivenciar y reforzar la experiencia, en cierto modo bautismal, de los Ejercicios Espirituales: el **examen** de conciencia, y la lectura meditada, **la meditación o la contemplación del Evangelio**.

III. VIVIR COMO CONFIRMADOS

Después del bautismo y la eucaristía, la confirmación es el tercer sacramento de la iniciación cristiana (o el segundo, según el punto de vista más tradicional); juntos, los tres nos incorporan a la Iglesia y, por ella, a Cristo.

1. ¿Qué es ser confirmado?

Para comprenderlo, de nuevo, lo mejor es partir del rito.

Hay en la confirmación **dos ritos principales**, que expresan su significado y lo realizan:

- la unción (llamada crismación) con el mismo crisma (óleo) del bautismo, y en forma de cruz (signación): por la muerte de Cristo en la cruz, se nos ha dado **el Espíritu Santo** (cf. Lc. 23,46 y Jn. 19,30); lo recibimos con mayor plenitud que en el bautismo; nos marca de nuevo con su sello, esta vez para que seamos cristianos adultos; así es confirmado nuestro bautismo;
- la imposición de las manos (sobre todos y, luego, sobre cada uno), es un gesto de misión y de bendición para la misión. Recibimos el Espíritu Santo para nuestro **fortalecimiento**, y somos fortalecidos **para actuar como cristianos adultos**, dando **testimonio** de Cristo en el mundo dondequiera que estemos ubicados.

El ministro normal de la confirmación es el obispo de la diócesis, para expresar la mayor incorporación de los confirmados en la **misión** universal y no sólo local de la Iglesia y, para significar que los dones del Espíritu (cf. Is. 11,2) y los carismas que recibimos son para el bien de la comunidad, bajo la responsabilidad del obispo (cf. I. Cor. 12,4-30).

Nuestra misión de confirmados puede caracterizarse como:

- continuación de la misión de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey (ver lo dicho acerca del bautismo; ahora con mayor razón); de Cristo, que al recibir el Espíritu, vence el mal (Mt. 4, 1-11) y evangeliza a los pobres (Lc. 4, 16-22),

como Profeta y Rey-Servidor;

- incorporación a la misión de la Iglesia que, a partir de Pentecostés, da testimonio de Cristo ante todos (Hech.2, 1-36) y comienza a "renovar la faz de la tierra" (Hech.2, 36-47).

Esta misión se vive como laico, en la vida normal y en la sociedad, o como "consagrado" (religioso o miembro de un Instituto Secular... o sacerdote).

2. Ejercicios

Saborea los pasajes bíblicos señalados en el presente capítulo, tal vez en el orden siguiente:

2.1. Lc 4,16-22.

Podrías concluir el coloquio con la siguiente oración:

"Oh Dios, que por la glorificación de Jesucristo y la venida del Espíritu Santo nos has abierto las puertas de tu Reino, haz que la recepción de dones tan grandes nos mueva a dedicarnos con mayor empeño a tu servicio en los más necesitados, por el mismo J.C., N.S.

2.2. Mt.4,1-II, leído no sólo como escena de tentaciones, sino como triple victoria de Jesús sobre las mismas, y triple opción de él en sentido opuesto.

Para concluir tu coloquio, podrías inspirarte en la siguiente oración de G.Mistral:

"Señor...
muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo,
para que no renuncie a la batalla
de cada día y de cada hora por él.
Hazme fuerte en mi desvalimiento...
Hazme despreciador(a) de todo poder
que no sea puro,
de toda presión
que no sea la de tu voluntad
ardiente sobre mi vida."

2.3. Contempla el Pentecostés, en Hech.2,1-18 y 36.

Para terminar, te sugiero este himno traducido:

"Espíritu de Dios, purísimo Amor:
Ven a nuestra noche oscura...
Corazón del Altísimo, Sol de Cristo:
Consuélanos del gran invierno,
Transforma con nosotros el universo,
Viña de gracia, Huésped infinito..."

Nuestra alma espera y tiene hambre,
Sabio Consejo, oh Verdad,
De ver en la claridad sin sombra
El fruto perfecto de tus designios..."

Amor Único: haznos presa tuya,
Doblega nuestro orgullo,
Cura nuestras heridas,
Ven a quemarnos con tu vigor,
Soplo de Dios, Llama de gozo."

2.4. Medita Hech.2,37-47, es decir, la repercusión social del don del Espíritu.

Puedes terminar con esta oración de S.Ignacio en su Diario espiritual:

"Padre eterno, confirmame;
Hijo eterno, confirmame;
Espíritu Santo eterno, confirmame;
Santa Trinidad, confirmame;
un solo Dios mío, confirmame."

2.5. Con Is.11,2, puedes practicar un "primer modo de orar" (EE.238...):
considera cómo vives de cada don del Espíritu Santo, acusa recibo con gratitud y cultívalo;

- la sabiduría, que equivale más o menos a la prudencia, pero iluminada por el Evangelio,
- la inteligencia que apunta al discernimiento,
- el "consejo", capacidad de formar proyectos buenos y generosos,
- la fortaleza, para llevar a cabo esos proyectos,
- la "ciencia" o conocimiento interno y afectuoso del Señor,
- el "temor" del Señor, respeto filial, cercano a la fe y al amor,
- la piedad, o familiaridad y cariño reverentes.

Podrías concluir tarareando un canto conocido al Espíritu Santo.

2.6. Medita 1 Cor.12,4-13.

Para el coloquio, puedes retomar el himno indicado en el ejercicio N.3, o usar esta oración de Sto Tomás Moro:

"Padre: tu santísimo Espíritu es el autor principal de todo buen amor, llena las almas en las que lo reciben con abundante caridad; él es la fogata misma de la caridad, la fuente misma de todo afecto gracioso, enciende en los espíritus el suave fuego de todos los deseos piadosos y les da la fuerza y el poder de alimentar todo afecto espiritual, especialmente hacia ti.

"Por eso, Padre querido, ya que me has mandado expresamente que te ame así de todo corazón, lo cual quisiera hacer pero no puedo sin tu auxilio y tu santo Espíritu, te suplico que derrames en mi corazón tu santísimo Espíritu para que, calentado, encendido y abrasado por el fuego espiritual de la caridad y por el suave y ardiente amor de todo afecto espiritual, pueda apegar firmemente a ti mi corazón, mi alma y mi espíritu, con la confiada seguridad de que eres mi Padre muy amado; y para que pueda amarte con todo mi corazón, toda mi alma y todas mis fuerzas."

2.7. Ponte frente a Cristo crucificado que "entrega su espíritu", es decir, en su último aliento anticipa el Pentecostés. Mantén con él un coloquio de amigo a amigo, en busca de confirmación de esa amistad esencial y comprometedora.

3. ¿En qué nos ayuda nuestra espiritualidad para vivir la confirmación?

3.1. San Ignacio pedía insistentemente ser confirmado, no en el sentido de recibir (de nuevo) el sacramento, sino de experimentar, conforme a la gracia de este sacramento, que había hallado realmente la voluntad de Dios sobre él y la podría cumplir.

Nos enseña a hacer lo mismo (cf. EE. 183). Esta es una forma importante de nuestra oración. Los Ejercicios nos la sugieren e Ignacio la practicaba (ver el coloquio propuesto en el ejercicio N.4).

La Tercera y la Cuarta Semana de los Ejercicios nos confirman o fortalecen para vivir la "elección", es decir, la voluntad de Dios reconocida, tal como lo

hizo Cristo en su misterio pascual (venciendo la prueba del mal y la muerte).

De hecho, San Ignacio y muchos de sus discípulos han sido notables por su fortaleza: San Francisco Javier, el Beato Pedro Fabro, numerosos mártires, el Beato José Anchieta, etc. Entre nosotros, el Padre Alberto Hurtado, en su misión y en su muerte.

- 3.2. La espiritualidad ignaciana enseña a discernir con cuidado los carismas y la vocación propia de cada uno, vocación laical, religiosa o sacerdotal, pero también llamado personalísimo y nunca repetido para otro.
- 3.3. La Comunidad de Vida Cristiana (CVX), como movimiento ignaciano laical, no pretende formar gente solamente a la piedad y la rectitud, sino al testimonio ante el mundo y a la acción transformadora de la sociedad (Principios Generales 8).
- 3.4. La CVX es un medio para que ellos se apoyen mutuamente en el discernimiento y la acción transformadora del mundo. Se fortalecen o confirman mutuamente, cuando cada uno se esmera en vivir la gracia de su confirmación en sus compromisos (familiar, profesional, social, político, religiosos), en especial, en el servicio a la fe (testimonio), y a la justicia (transformación del mundo y la sociedad, conforme a la acción del Espíritu desde el día de Pentecostés).

IV. VIVIR LA EUCARISTIA: SER IGLESIA

La Eucaristía, como todo gesto humano importante y más aún por ser de origen divino, es una acción muy rica de significado. La vamos a considerar en dos etapas:

- En su aspecto colectivo: celebración para ser Iglesia,
- En su aspecto más personal: sacramento de unión con Cristo.

Tengamos conciencia que, tal como la celebramos en la misa, siempre va precedida de la liturgia de la Palabra y no se puede separar de ella.

1. La Eucaristía hace la Iglesia

Hace la Iglesia, celebrando; como toda celebración común, refuerza los vínculos y es la fuente de toda la fecundidad de la Iglesia, en especial, de los demás sacramentos por los que la Iglesia se engendra a sí misma, gracias al Espíritu de Cristo.

La **Liturgia de la Palabra** es:

- convocación de la asamblea: si Dios es quien convida, ¡qué lástima correrse! (cf. Lc. 14, 15-24);
- y motivación de la celebración, recordando lo que nos reúne: el misterio de nuestra salvación en el que deseamos entrar.

Da un matiz -un tinte- distinto a cada eucaristía.

La eucaristía es un **comer juntos**. Esto es algo que no hacemos con cualquiera, ni en casa ni en otra parte, porque dice mucho. En la misa compartimos anticipadamente el banquete simbólico que Dios quiere ofrecer a todos en su Reino, banquete que tiene un doble cariz de intimidad (cf. Apoc. 3,20) y de inmensa amplitud (cf. multiplicación de los panes).

El **pan** que consagramos y compartimos es, en sí mismo, un signo de unidad, por su proceso complejo de fabricación (muchos cooperan); por su significado vital para todos (alimento simple, básico, no exclusivo). Compartir el pan eucarístico enseña a compartir todo "pan"; contraría el egoísmo acumulador y la tendencia a explotar al trabajador que produce los bienes y a marginarlo del

consumo de muchos de ellos.

El **vino** es un signo de celebración festiva: está ligado con la cultura, la vida en sociedad. Nadie brinda solo. Compartir el vino eucarístico (aunque no sea en todas las misas), enseña a celebrar **juntos** la vida y la cultura y sus beneficios, primero a la mesa familiar y luego en todas partes, sin exclusiones que serían contradictorias, pues es Cristo quien invita; es decir, aún no todos participan ni pueden participar, pero nadie es excluido por principio; al contrario, aspiramos a compartir con todos, creando las condiciones necesarias para ello.

Dándose bajo los signos del pan y el vino, Cristo ofrece el **sacrificio de la Nueva Alianza**:

- Alianza o pacto entre Dios y los hombres y, por repercusión, entre ser humano y ser humano; hasta más allá de los límites de la Iglesia que es "signo e instrumento de la unión de los hombres con Dios y entre sí" (L.G.1);
- sacrificio, porque la unidad sólo se consigue por una victoria costosa (sangrienta en Jesús sacrificado) sobre las divisiones que matan... y sobre el olvido del que da la vida a todos. Todos los sacrificios rituales celebran y anticipan con esperanza el **don** de la vida (y del perdón). Jesús se ofrece a sí mismo, en la confianza que Dios, su Padre, le devolverá la vida;
- sacrificio eficaz y definitivo, actualizado en cada época, hasta la consumación de la Alianza, anhelada con ansias en la misma eucaristía; por eso, decimos: "Ven, Señor Jesús", "Padre... venga tu Reino".

En ese acto de la Nueva Alianza, sacrificio de comunión, comemos el cuerpo de Cristo **para ser** el gran **Cuerpo de Cristo**. San Agustín decía: "reciban lo que son", lo que deben ser aún más.

El Espíritu Santo transforma el pan y la asamblea en cuerpo de Cristo. La comunión eucarística celebra y refuerza la comunión eclesial, la **koinonía** (puesta en común, comunión de corazón y de hecho). Por eso decía San Pablo (I Cor. 11,29): "quien no discierne el cuerpo de Cristo, come y bebe su propio juicio" y, para no caer en ello, acudimos, si es necesario, a la reconciliación previa.

2. Ejercicios

La mejor manera de orar este capítulo será participar más consciente y amorosamente en la misa. Pero como preparativos o reforzamiento, se proponen los siguientes ejercicios:

- 2.1.** Recuerda una comida en casa, en familia o con amigos invitados: ¿qué es lo que la hizo grata, y significativa para el progreso de la vida familiar o de la amistad? ¿Algo parecido te ha ocurrido en alguna(s) celebración(es) de la eucaristía? Si es así, refresca la experiencia y da gracias. Si no, ¿qué piensas hacer para que la misa cree vínculos significativos entre todos - primero, entre los tuyos- en torno a Cristo?

Para el coloquio, te sugiero aprovechar este pasaje de la Plegaria Eucarística V:

"Te glorificamos, Padre santo,
porque estás siempre con nosotros
en el camino de la vida,
sobre todo cuando Cristo, tu Hijo, nos congrega
para el banquete pascual de su amor.
Como hizo en otro tiempo con los discípulos de Emaús, él nos
explica las Escrituras
y parte para nosotros el pan."

- 2.2.** Medita Lc 14,15-24. Revisa tu actitud. Déjate invitar nuevamente por Cristo.

Para el coloquio, trata de escuchar interiormente Is.55,1-3 y responde desde tu corazón.

- 2.3.** Retoma meditativamente los párrafos sobre el pan y el vino de la primera parte de este capítulo,

Para concluir tu coloquio te sugiero la siguiente oración:

"Oh Dios, que has querido hacernos partícipes de un mismo pan y de una misma copa, concédenos vivir tan unidos en Cristo

- que fructifiquemos con gozo, en la justicia y el amor,
- para la salvación del mundo entero."

2.4. Medita Lc 14,12-14. Si no te sientes capaz de tomarlo al pie de la letra, por lo que hay allí de hipérbole, déjate de todos modos inspirar por estas palabras del Señor.

Al final del coloquio, reza o tararea:

"Vengan a El, El es fuente de vida nueva,
Vengan a El, El es vida y verdadera paz.
Vamos a El, El es fuente de vida nueva,
Vamos a El, El es vida y verdadera paz."

2.5. Toma Jn 13,1-17. Curiosamente, S,Juan habla de la eucaristía en otra parte (cap.6). Para la Última Cena, sólo nos entrega el relato del lavatorio de los pies (y luego el discurso de Jesús). La intención es ciertamente establecer un paralelismo entre el gesto de Jesús lavando los pies de sus discípulos, y su otro gesto de darse en el pan y el cáliz, es decir, de dar su persona y su vida por ellos. Ambos signos se refuerzan así mutuamente.

Contempla la escena y escucha las palabras de Jesús que te invita a servir humildemente a tus hermanos, sea cual sea tu status y rol social, y te promete la felicidad vinculada con ese servicio.

Para tu coloquio, puedes aprovechar la oración ignaciana:

"Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad,
mi memoria, entendimiento y toda mi voluntad,
todo mi haber y mi poseer;
vos me lo distéis, a vos, Señor, lo torno,
todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad;
dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta."

2.6. 1 Cor.11,23-30: comer y beber indignamente es no discernir el cuerpo de Cristo, es decir, por cierto, su cuerpo eucarístico en el pan, pero también su cuerpo eclesial o "místico" en la asamblea de los fieles. No discernirlo, no tratarlo como tal, no honrarlo, no amarlo. Este pecado de omisión, podemos cometerlo de muchas maneras y siempre debilita el cuerpo actual de Cristo, que es la Iglesia.

Examina cuál es tu actitud ordinaria, no sólo tu pensamiento, acerca de la Iglesia: Pueblo de Dios en el mundo, donde los pobres son los privilegiados de Dios,

Iglesia diocesana, comunidad local, comunidad que celebra junta el domingo, movimiento del que eventualmente participas, jerarquía, etc.

Da gracias, pide perdón, prevé el futuro al respecto. Puedes terminar con la siguiente oración del misal:

"Concédenos, Señor todopoderoso, que de tal manera saciemos en la eucaristía nuestra hambre y nuestra sed que nos transformemos en el cuerpo de Cristo que hemos recibido," para hacerlo presente en este mundo de hoy, con nuestros criterios, nuestras palabras y nuestras acciones.

- 2.7. Mt.15,32-38: que Jesús haya propiamente multiplicado los panes, o que haya simplemente desencadenado una puesta en común solidaria de lo poco que cada uno tenía, el resultado es que dio de comer al nuevo Pueblo de Dios, conforme a las antiguas promesas. Admira la fidelidad de Dios, la amplitud del hecho, su significado para todos...

Para el coloquio, te vendrá bien el canto:

¡Qué bueno es el pan que Tú nos das,
regalo de tu amor, Jesús!
¡Qué bueno es el pan que Tú nos das,
el pan sabroso que eres Tú!"

3. ¿En qué nos ayuda nuestra espiritualidad para vivir estos aspectos de la eucaristía?

Primero, llevándonos a ser y hacer **comunidad**, es decir:

- dejarnos convocar y unir por la Palabra de Dios,
- tener una vida sacramental efectiva y una vivencia coherente con ella,
- compartir todo lo que podamos en la verdad,
- con la meta de llegar a ser más la Iglesia de Dios para un mundo renovado y unificado.

Ayudándonos a **ser** esa Iglesia y a "**sentirnos Iglesia**": en vez de dividir, construir juntos y, para eso, acudir a lo que **más** construye la Iglesia: la EUCARISTIA; y, secundariamente, venerar este sacramento con devoción (ver las reglas de los Ejercicios Espirituales para sentir con la Iglesia).

Enseñándonos a **servir** en vez de buscar una superación individualista; en

San Juan, el lavatorio de los pies está estrechamente vinculado con la eucaristía (Jn. 13); Lc estableció un vínculo similar en 22,14-27; Jesús, el Señor, es el que sirve y da su vida, y declara felices a los que hacen lo mismo.

Promoviendo en nosotros, para ello, una clara **opción por la justicia** y, concretamente, **por los pobres**, lo que implica una vida modesta.

Impulsándonos a **hacer** o construir el Cuerpo de Cristo, según sea nuestra vocación y, si somos laicos, en el frente del mundo, en las fronteras de la Iglesia, discerniendo el cómo más eficaz y más universal.

En los **Ejercicios Espirituales**, dos celebraciones eucarísticas son especialmente significativas: al final de la Primera Semana, después de la etapa de purificación-reconciliación y, sobre todo, después de la elección: ofrenda al Padre, en plena unión con Cristo.

San Ignacio agrega unas reglas para distribuir limosnas, para destinarlas a quien realmente las necesite y no sólo a quien nos agrade, reglas de las que podemos aún inspirarnos, aunque con un estilo más moderno, para buscar y vivir la justicia social.

V. VIVIR LA EUCARISTIA: UNIRME CON CRISTO

Nota previa: No vayamos a desvincular este tema del anterior. Los dos son inseparables.

1. La Eucaristía me une con Cristo

Recordemos que la misa es inseparablemente liturgia de la Palabra y liturgia eucarística; la primera ilumina y motiva la segunda.

- 1.1. La liturgia de la Palabra nos entrega la Revelación de Jesús y, por él, del Padre y del Espíritu Santo; es decir, nos los hace **conocer**... nos inicia al estilo de Jesús. La Palabra de Dios es como un espejo en que podemos mirarnos y compararnos con él (cf. Sant.1, 22-25). Si alguien tiene el comentario de Kierkegaard sobre este pasaje, vale la pena leerlo (**El espejo de la Palabra, en Para un examen de conciencia**). En el fondo se trata de "comer" la Palabra de Dios, de alimentarse de ella por la fe, como del cuerpo de Cristo en la comunión (cf. Jn. 6).

Reconozcamos que no nos basta generalmente la simple escucha de la Palabra durante la misa; es muy útil leer los mismos trozos antes o después, retomar la homilía en conversaciones, etc.

- 1.2. La parte propiamente eucarística de la misa nos hace entrar en el **Misterio Pascual** de Cristo: por la muerte hacia la resurrección; ya no sólo conocerlo, ahora se trata de una acción, el misterio se hace presente dinámicamente. Así la eucaristía prolonga y hace más concreto el bautismo... por una celebración que actualiza (sin repetirlo) el acto único y eterno de Cristo.

Resucitado se hace **presente**, en el pan y el vino, en el sacerdote celebrante (que lo representa como cabeza de la Iglesia), en la comunidad (asamblea reunida), gracias a la conmemoración o "anamnesis" (actualizante) que hacemos de él y de su obra.

- 1.3. Así participamos:

a) en la **ofrenda** (o sacrificio) que Jesús hizo y hace de sí mismo. En la

última cena, se dio en un solo gesto a Dios su Padre y a los hombres, transformando su asesinato en libre entrega. Dando su cuerpo, nos da su persona; dando su sangre, nos da su vida. Participando de la eucaristía, somos hechos y, por él, por su iniciativa (no la nuestra), nos hacemos "víctima viva" y "ofrenda permanente".

- b) en la **glorificación** de Cristo por el Padre (resurrección) y del Padre por su Hijo (eucaristía = acción de gracias). Esta acción de gracias se desarrolla desde el Prefacio hasta la conclusión "Por Cristo, con él y en él..."; pero se anticipa en la preparación de las ofrendas: "Bendito seas, Señor, por este pan... este vino". Damos gracias por la creación y la redención; celebramos juntos el primer día (de la creación) y el octavo (de la resurrección);
- c) es decir, **recibimos y damos la vida**; celebramos su don a nosotros con nuestra ofrenda generosa. En todas las religiones, sacrificio y fiesta son inseparables.

Nota: en cierto modo, se puede decir que todos "con-celebramos", **cada uno** según su rango; es bueno que ciertos momentos de silencio en la misa lo faciliten, como también gestos y actitudes participativas.

- 1.4. Por fin, en la **comunión**, Cristo nos asimila más de lo que lo asimilamos nosotros; pero sin "fagocitarnos", dejándonos subsistir como la persona que somos: "el que come mi carne... vive en mí y yo en él"; con su cuerpo recibimos su Espíritu, lo mismo que con su Palabra. El sacerdote invoca el Espíritu Santo sobre las ofrendas y sobre nosotros, porque la letra y la carne no bastan (II Cor.3,6 y Jn. 6,63).

La introducción a la comunión por el padrenuestro y el rito de la paz, es muy expresiva: compromete a cada uno con todos sus hermanos en la fe, en Cristo.

- 1.5. La eucaristía, en realidad, nos presenta como el modelo o la **pauta de la vida cristiana**. Ver al respecto Lc. 22,7-38:

- servicio,
- humildad en vez de rivalidad,
- esperanza y confianza en la intercesión de Cristo,
- fortaleza para resistir el mal, etc.,

todo en contexto eucarístico.

2. Ejercicios

- 2.1.** Repasa Stgo 1,22-25: ¿Te esmeras en sacar provecho personal de la Palabra de Dios y de la homilía?
- 2.2.** Lee Apoc.3,20. Deja que te impacte esa posibilidad real de "cenar con Jesús", abriéndole tu casa, tu corazón. No temas, después de tus próximas comuniones, abstraerte un momento de la asamblea, para un tú a tú con el Señor.
- 2.3.** Toma Jn 15,1-6. Aunque la unión con Cristo es asunto de vida y acción, éstas tienen que nacernos de adentro. Y, para eso, ¿qué importante es escuchar su Palabra que nos "limpia" y recibirlo en la comunión!
Para el coloquio, te sugiero la oración Alma de Cristo.
- 2.4.** Jn 6,47-58: Cristo se presenta como alimento, porque él es verdaderamente quien da la vida plena y eterna a aquél que cree y lo recibe como un buen pan.
En tu coloquio, puedes aprovechar el siguiente canto:
"No podemos caminar con hambre bajo el sol,
Danos siempre el mismo pan, tu cuerpo y sangre, Señor."
- 2.5.** I Cor.10,16-17: la unión de cada uno con Cristo, en su sangre y en el pan eucarístico es fuente y culminación de la comunión (común unión) de todos. Viceversa, la comunión de toda la Iglesia sólo puede resultar de la unión vivida y celebrada de cada uno con su Señor.
En el coloquio, puedes rezar o cantar:
Compartimos la misma comunión,
Somos trigo del mismo Sembrador,
Un molino, la vida, nos tritura con dolor,

Dios nos hace eucaristía en el amor.

2.6. Antes de terminar estos ejercicios en torno a los sacramentos de la iniciación cristiana, puedes aprovechar el salmo 23 (22), como "repetición" o resumen del conjunto. Este salmo puede ser leído, en clave cristiana, como un canto que celebra las **aguas** del bautismo, la **mesa** y la **copa** de la eucaristía y la **unción** de la confirmación.

Alégrate además de que, gracias a estos sacramentos vividos, "no temes", "el favor y la fidelidad del Señor te acompañan" y "habitas en la casa del Señor" como en tu casa.

En el coloquio, puedes cantar despacio o tararear el mismo salmo con su antífona, o rezar esta oración de Pierre Lyonnet, S.J.:

Oh Cristo, mi mayor deseo es alcanzarte, agarrarte y no estar más en la triste posibilidad de traicionarte. Sueño con tu Reino, del que no soy digno. Ya no deseo sino tu Voluntad. Haz de mí lo que quieres, pero un día, muéstrame tu Rostro, al fin, descubierto, oh Tú, el Único Amado.

3. ¿En qué nos ayuda nuestra espiritualidad para vivir estos aspectos de la eucaristía?

Los **Ejercicios Espirituales** nos entrenan largamente en la **meditación** personal del Evangelio y la **contemplación** de Jesús "para conocerlo internamente, amarlo más, seguirlo más".

Nos llevan al **ofrecimiento total** de nosotros mismos (meditación del Rey) y a la búsqueda apasionada de "la mayor gloria de Dios".

Nos ofrecen la **ocasión de participar** más consciente y responsablemente en los sacramentos de reconciliación y eucaristía (en los dos momentos claves señalados en el capítulo anterior, y de ahí en adelante).

Desde allí buscamos prolongar estas experiencias **en la vida ordinaria**:

- confrontación frecuente, diaria, con el Evangelio,
- vida sacramental regular,
- discernimiento y servicio fiel.

Por otro lado, el discernimiento personal y comunitario nos ayuda a:

- vivir más cerca de Cristo, de su estilo, de su entrega total, en la oración y el servicio;
- verificar que nuestra participación en los sacramentos, especialmente en la eucaristía, sea fecunda.

La búsqueda sincera de la voluntad de Dios:

- nos permite estar ordinariamente en condiciones de comulgar, y
- nos impulsa a hacerlo para estar más unidos a Cristo en su disponibilidad.

La insistencia en el servicio, el ofrecimiento de sí mismo, y en la mayor gloria de Dios, nos asocia a las **actitudes fundamentales de Jesús**, que culminaron en la última cena y en la cruz.

Las "reglas para sentir con la Iglesia", nos impulsan a venerar, con devoción a Cristo, los sacramentos, la liturgia y todo lo relacionado con ellos, por ej.: devoción al Santísimo, al Corazón de Jesús, etc.; y a reconocer a Cristo que se prolonga en su Iglesia.

VI. VIVIR PENITENTES Y RECONCILIADOS

1. Alcance del Sacramento

1.1. Pablo VI introdujo el término "reconciliación" para designar el sacramento antes llamado "penitencia". En realidad, se suele asociar ambos términos:

- **penitencia** evoca más el aspecto de conversión, de cambio del corazón (cf. Mc. 1,14-15; Hech. 2,38),
- **reconciliación**, el aspecto de reencuentro en la Alianza, de concordia y paz (cf. 2 Cor. 5,18-19...).

También podemos hablar de sacramento del perdón.

1.2. Ambos aspectos merecen **celebración**, o bien comunitaria (liturgia penitencial), o bien más íntima (confesión), porque son obra de Dios en nuestra vida, por iniciativa de él y sin mérito nuestro en la partida (como bien lo expresan el prefacio de la Plegaria eucarística de la reconciliación I, y la fórmula trinitaria de la absolución).

Como en cada sacramento, celebramos lo que ya es; no sólo lo obrado por Cristo, sino una primera respuesta nuestra a la iniciativa misericordiosa del Señor: nuestra contrición o arrepentimiento (que incluye la voluntad de reparar si es posible y necesario), por la que ya acogimos el perdón. Y esa celebración ahonda nuestra conversión y reconciliación para bien de la Iglesia, del penitente en ella y del mundo. (Este aspecto era, por cierto, más observable en la penitencia pública antigua.)

Nota: tal vez sea útil observar que utilizamos el sacramento según dos modalidades (casi dos "funciones"):

- al romper con un pecado o situación de pecado grave,
- para entregar a la misericordia del Señor nuestras debilidades ordinarias en las que no estamos seguros de no recaer.

La Iglesia ha admitido y predicado siempre que, salvo en caso de pecado mortal, el sacramento no es el único recurso para el perdón de nuestros pecados: la paciencia en las pruebas, las obras de misericordia o caridad, la conversión del

corazón, la misma comunión recibida con la humildad que la misa expresa, también "cubren la multitud de los pecados" (1 Pe.4,8; Stgo. 5,20).

1.3. Los **signos y palabras** del rito nos llevan al sentido profundo del sacramento con sus aspectos de:

- acogida: fórmula inicial del nuevo ritual que invita a la confianza,
- escucha de la Palabra de Dios, buena noticia de la salvación (demasiadas veces omitida por apuro),
- confesión de los pecados y, **más aún** del amor misericordioso de Dios ("confesar" en este segundo sentido equivale a "profesar"; así se habla de confesión de fe = declaración de la propia fe),
- absolución, con un doble gesto:
 - 1) **imposición de las manos** que significa una misión, la de participar, ya perdonado, de la misión de perdón y reconciliación de la Iglesia en el mundo. (La última fórmula de despedida del nuevo ritual expresa claramente esta misión);
 - 2) **señal de la cruz**, de la cruz redentora de Cristo.
- acto posterior de "satisfacción" que nos asocia humildemente al acto redentor de Cristo; se sugiere que el sacerdote busque con el penitente algo que tenga un valor "medicinal", es decir, que le ayude a enmendarse y crecer. Esto es más fácil en contexto de dirección espiritual, pero puede ser un esbozo de la misma con ocasión de la confesión.

Nota: históricamente, este sacramento es el que más ha variado en su forma. Ciertas dificultades actuales podrían llevarnos, a la larga, a alguna forma nueva; pero sería una lástima que no sacáramos provecho de lo que la Iglesia nos ofrece hoy.

2. Ejercicios

Insistamos una vez más en que el perdón y la reconciliación no son, en

primer lugar, una cuestión de sacramento, sino de realidad vivida; pero el sacramento es un medio poderoso para intensificar y ahondar lo que ya se está viviendo, celebrándolo. Y los ejercicios propuestos a continuación pueden facilitar una celebración fructuosa.

- 2.1.** Alégrate de ser parte en la reconciliación fundamental que S.Pablo describe en 2 Cor.5,17-19. Si no te logras sentir tan partícipe, escucha la interpelación que sigue en 5,20-6,2.

En tu coloquio, puedes usar esta oración del ritual:

Señor Jesús,
que abriste los ojos de los ciegos,
sanaste a los enfermos,
perdonaste a la pecadora,
y después del pecado confirmaste a Pedro en tu amor,
atiende mi súplica:
perdona todos mis pecados,
renueva en mí tu amor,
concédeme vivir en caridad fraternal
para que pueda anunciar a todos los hombres tu salvación.

- 2.2.** Solidario con la Iglesia y la humanidad de hoy, trata de hacer tuya la oración penitencial de Dan.9,1-19.

- 2.3.** Aun siendo bautizado y creyente, tal vez practicante, déjate interpelar por pasajes de la Palabra de Dios como Mc 1,14-15 y Hech.2,36-41, que te invitan a la conversión, es decir, al cambio del corazón.

Para el coloquio, te propongo esta oración del ritual:

Misericordia, Dios mío, por tu bondad;
aparte de mí tu vista, borra en mí toda culpa.
Crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme.

- 2.4.** Contempla la escena de Mt.9,1-8. Admira cómo Jesús revela su autoridad para perdonar, y observa la conclusión del evangelista (v.8). ¿Aprovechas oportunamente el poder de perdonar que han recibido los sacerdotes? Si hace falta, decídetelo.

- 2.5.** Lee Mt.5,23-26. Nota bien que dice: "...que tu hermano tiene algo contra ti" y no tú contra él. ¿Estás en esta situación? ¿Qué vas a hacer? ¿Cuándo? No digas que el otro te puede rechazar. Lo que importa por ahora es tu propia iniciativa, mediante la cual el Señor puede tocar a tu hermano.
- 2.6.** Lee Mt.18,15-22: ¿Estás cansado de perdonarle a alguien cercano? Pero no deseas tú que te tengan más paciencia. Lee Mt.7,12: "Todo lo que querrían que hicieran los demás por ustedes, háganlo ustedes por ellos" y concluye. Pide la gracia para hacerlo así.
- 2.7.** El sacramento de penitencia o reconciliación presenta un aspecto de misión, expresado en la imposición de las manos del sacerdote. Puedes no estar cumpliéndola, como el empleado de la parábola en Mt.18,21-35. ¿Te parece una buena actitud? ¿O vas a incorporarte a la cadena del perdón, haciendo que otros conozcan así algo del perdón de Dios, en vez de opacarlo con tu ira y tu rencor?
Puedes aprovechar, al concluir, este extracto de la Plegaria eucarística para la reconciliación II:
- Dios, Padre nuestro,
nos habíamos apartado de ti
y nos has reconciliado por tu Hijo,
a quien entregaste a la muerte
para que nos convirtiéramos a tu amor
y nos amáramos unos a otros...
Concédenos tu Espíritu,
para que desaparezca todo obstáculo
en el camino de la concordia
y la Iglesia resplandezca en medio de los hombres
como signo de unidad e instrumento de tu paz.
- 2.8.** Otro aspecto de la misión que recibimos es ayudar a la reconciliación de terceros. Relee aquí 2 Cor.5,17-19 y agrega Stgo 5,19-20. Pide la gracia y anímate; has recibido del Espíritu Santo los dones de consejo y fortaleza.
- 2.9.** Saborea el salmo 85 (84):
- el perdón recibido de Dios en el pasado (vv.2-4),
 - la súplica esperanzada para el presente (vv.5-8),

- el mensaje a futuro que trae la respuesta del Señor (vv.9-14).

Nota: cómo se unen, en los últimos versículos, términos difíciles de conciliar, a no ser por la acción reconciliadora y unificadora del Espíritu Santo. Insiste en la petición y la acción de gracias.

3. **¿En qué nos ayuda nuestra espiritualidad a vivir penitentes y reconciliados?**

Podríamos distinguir dos aspectos: en la línea de la conversión y en la línea de la reconciliación.

3.1. En la línea de la **conversión**, la **Primera Semana** de los Ejercicios es fundamental; en especial, el coloquio frente a Cristo crucificado y el "triple coloquio" para pedir la gracia de "aborrecer" el pecado, el hábito de pecar y los criterios mundanos (Nº 53 y 63); el examen general y el particular (Nº 24 a 43) y, emparentado con el examen, el "primer modo de orar", a partir de los mandamientos, los pecados capitales, los cinco sentidos, etc. (Nº 238 a 248). La Tercera Semana va más allá, e incluye en sus oraciones un "sexto punto": "considerar cómo todo esto padece [Cristo] por mis pecados, etc. y qué debo yo hacer y padecer por él". Las reglas para ordenarse en el comer son también útiles (Nº 210-217).

Aun en la Segunda Semana, la meditación de Dos Banderas, las Tres maneras de humildad y el Preámbulo para hacer elección, apuntan a que la conversión dé todos sus frutos. Igualmente, las Reglas para sentir con la Iglesia que nos llevan a someternos humildemente a su doctrina y disciplina.

3.2. En la línea de la **reconciliación** coopera una práctica más profunda del examen general (como la preconiza el famoso artículo del P. George Aschenbrenner, en el cuaderno 14 de la colección CVX; ver también el Cuaderno de Espiritualidad Ignaciana Nº 74, **¿Por dónde pasa mi Señor?**) y más aún, al final de los Ejercicios, la Contemplación para alcanzar amor, que se puede comprender como convergencia amorosa en la Alianza. Pero esta convergencia ya se expresó en una elección bien hecha (Segunda Semana).

Todas estas prácticas y disposiciones rebalsan el marco de los Ejercicios y caracterizan **toda** la vida de los ignacianos, personal y comunitaria. En la comunidad, la revisión de vida y el compartir generoso ayudan a concretar aún más la conversión y la reconciliación.

VII. VIVIR CASADOS EN CRISTO

El **matrimonio** es quizás el caso más evidente de una realidad profana y terrestre asumida por Cristo en el misterio y la "economía" de la salvación, hasta transformarla en símbolo y sacramento de la misma. Durante siglos, incluso, el matrimonio no tomó su "forma" sacramental actual. El sacramento -real en la vida- quedaba implícito en los ritos profanos o civiles. La condición de bautizados de los esposos cristianos los hacía ser figura y "sacramento" de la unión entre Dios y la humanidad en Cristo y es eso lo que ahora se celebra formalmente en el rito sacramental del matrimonio cristiano. Ojalá esto nos ayude a captar que **todo** sacramento es presencia de una realidad **vivida** y no sólo celebrada. La celebración ritual es para sostener la vivencia o, si no, queda vacía de sentido y profanada.

1. La alianza matrimonial

La Palabra de Dios leída en el casamiento es, tal vez, más reveladora que los ritos; pero veamos lo uno y lo otro.

Entre las lecturas posibles predominan:

- las que expresan la unicidad e indisolubilidad del matrimonio (verdadero punto de partida histórico y fundamento de su sacramentalidad): Gen. 2,24 y Mt. 19, 1-9 con su paralelo en Mc);
- el Cantar de los Cantares que expresa, a la vez, el carácter humano del amor (sin mitología pagana) y su capacidad de significar lo más grande: el amor entre Dios y su Pueblo;
- el pasaje de Efesios 5,21-33 que explicita lo mismo y que puede ser útilmente complementado por 1 Cor. 11, 11-12 (profunda igualdad del hombre y la mujer que encuentran su unión en el Señor Jesús, en Dios);
- y el pasaje de Juan 15,9-17 sobre el amor de caridad del que la pareja ha de ser una realización privilegiada. El eros se agranda infinitamente cuando es enriquecido, "sobredeterminado", por el

amor de caridad que viene de Dios y es Dios mismo comunicado.

El **rito** es triple:

- el consentimiento mutuo y público (herencia del derecho romano, pero también encuentro de dos libertades);
- el intercambio de las argollas, signo del amor mutuo o alianza, indestructible en Cristo;
- y la bendición nupcial que es:
 - * comunicación de vida y fecundidad por parte de Dios y,
 - * al mismo tiempo, mediante la imposición de manos, misión; para el bien de la familia incipiente, sí, pero también de la Iglesia y del mundo; misión que se menciona expresamente en la intercesión por los esposos. Es la misión de significar ante todos el amor sin arrepentimiento del Dios de Jesucristo por la humanidad.

Así, por donde lo miremos, el sacramento del matrimonio pretende transformar esta última institución en signo del amor de Dios a los hombres y de la respuesta de amor de la Iglesia, respuesta "infalible", a pesar de nuestra condición pecadora.

Nota: es útil recordar que la Iglesia reconoce la validez del matrimonio solamente cuando ha sido "consumado" no sólo por un acto físico sino por la auténtica donación mutua de los esposos. De nuevo, el rito que no llega a la vida real no es nada.

2. **La problemática actual: caminos de solución**¹

Puesto que el sacramento del matrimonio, como todos los demás, es para la Iglesia, y ésta para el bien y la salvación del mundo, una práctica y una vivencia claramente deficientes del mismo redundan en un daño serio a

¹ En este capítulo, los ejercicios se hallan en la tercera parte.

la Iglesia entera y a la humanidad contemporánea. De ahí la importancia de las siguientes reflexiones que no eran tan necesarias a propósito de los demás sacramentos.

La teología del matrimonio resalta tremendamente los defectos de la situación actual. Basta con recordar, en contraste con lo que hemos visto, el número elevadísimo de matrimonios fracasados y también de uniones irregulares, aun entre bautizados. Aunque no existe el divorcio legal en Chile, todos conocemos la frecuencia del divorcio de hecho y, además, entre las parejas oficialmente unidas, ¿cuántas viven una separación más o menos trágica?

2.1. Causas de esta situación (algunas han sido señaladas en **La Conducta Humana, Conf. Episcopal, 1978):**

- inmadurez e impreparación de muchas parejas cuando se casan. De ahí una regresión afectiva, frente a la responsabilidad;
- sobrevaloración ambiental de la relación amorosa y sexual (acentúa en los jóvenes la curiosidad natural, aumenta la frustración de otros);
- "permissividad" para lo que antes no parecía "natural"; extrema tolerancia de las relaciones prematrimoniales, del adulterio, de la separación, de las segundas nupcias;
- estrechez de la célula familiar moderna (familia nuclear opuesta a la patriarcal) y su fragilidad debido al aislamiento;
- pésima situación económica de muchas familias y, en otras, al contrario, gusto desmedido por el lujo o simplemente por aparentar; esto mantiene a la pareja siempre en tensión;
- falta de doctrina: la parte del Evangelio relativa al matrimonio es poco anunciada, al menos en ciertos grupos sociales, o lo es sólo en forma de exigencia moral, no como buena noticia (Iglesia percibida como represiva);
- la facilidad -quizás excesiva- con que se dispensó en un momento

dado de los votos religiosos y las promesas sacerdotales.

2.2. Frente a esta situación que tiene mucho de pecado, le incumbe a la Iglesia, nos corresponde como cristianos conscientes y responsables, una doble actitud, un doble testimonio:

- acerca de la inmutabilidad y fidelidad divina, que es vocación a la fidelidad humana: decirlo, dar ejemplo, apoyar a los esposos en dificultad, etc.;
- y acerca de la misericordia de Dios en Cristo. Recordemos la actitud de Jesús frente a los pecadores.

En realidad, Dios es fiel **en y por** su misericordia; ambos términos no se excluyen mutuamente; y su misericordia es fuente de fidelidad humana. Ver la historia de Israel, la mujer adúltera en Jn. 8; 2 Tim.2,11-13, etc.

2.3. Para corregir el aislamiento excesivo de la pareja moderna, deberíamos:

- devolver al rito y su entorno, el sentido de un compromiso del pueblo cristiano con la pareja (como con un nuevo sacerdote o con un religioso en su profesión): integración a la historia de la salvación, apoyo de la comunidad...
- valorar la utilidad, en ese sentido, de la CEB u otras comunidades y, en ambiente popular, del compadrazgo;
- corregir también o luchar para que sean corregidos el egoísmo económico de la familia o su fragilidad económica: lucha por la sobriedad y la justicia.

2.4. La teología de Efes.5,21-33 suena muy sublime para muchos. Entonces, existe el peligro de considerar la indisolubilidad como un ideal impracticable o una teoría disociada de una práctica muy distinta; lo que sería una escandalosa traición del Evangelio. Para evitarla, puede ser útil la mediación de una antropología más experimental; por eso, introduzco aquí algunas reflexiones de un hombre que llevaba 30 años de experiencia sicoanalítica, el P. Louis Beirnaert, S.J., en **L'indissolubilité du couple**, Revista **Etudes**,

julio 1977.

Todo amor comienza diciendo: "te quiero para siempre"; esa promesa de eternidad pertenece al lenguaje o discurso del amor y expresa un deseo real. Pero ese deseo es narcísico, significa "quiero **ser amado por ti** siempre". Y el amor resulta ser, como lo expresó genialmente Paul Claudel, "**la promesa que no puede ser cumplida**". El otro siempre va a fallar en responder a mi deseo de ser amado. Y un eventual tercero, igual.

Ahora bien, aceptar esta falla inevitable, por una especie de acto de fe -"eres mi cónyuge aunque no respondas a mi deseo de ser amado como yo lo entendía"- es la única posibilidad de tener acceso a un deseo mutuo y un amor mutuo verdaderos e inimaginables antes de esa muerte del amor narcísico. Por eso, la ley de indisolubilidad se fundamenta "en la necesidad de mantenerse en el lugar donde se juega lo ineluctable en la vida de la pareja". Esto no significa que basta, para salvar el matrimonio, predicar la necesidad de morir al amor propio. Pero todos comprendemos el peso del testimonio que podrían dar muchas parejas que han pasado **de hecho** por esa muerte y desembocado en este otro amor mucho más profundo y feliz (resucitado una y otra vez).

2.5. El camino que acabo de describir **no podrá** ser recorrido nunca si no se ha formado realmente la pareja, es decir, si no ha habido en la partida **un deseo y un amor suficiente** (aunque narcísico). Esto nos lleva a plantear el problema que un moralista francés (P. Joseph MacAvoy, S.J.) resumió crudamente así: "la mayoría de los matrimonios celebrados religiosamente no cumple con las condiciones exigidas para un sacramento", por falta de madurez psicológica y/o espiritual.²

En realidad hay aquí dos problemas a los que el autor recién citado en nota agrega un tercero:

- a) la falta de madurez psicológica,
- b) la falta de fe,

² En nuestro cuaderno anterior, el teólogo español Jesús Burgaleta muestra lo mismo, refiriéndose a las normas del ritual en vigencia que no suelen ser tomadas debidamente en cuenta. Un punto clave que él agrega, es la falta de pertenencia eclesial de muchas parejas: ¿cómo ser sacramento del amor entre Dios y la Iglesia si no se es Iglesia ni se aspira a serlo?

- c) la falta de pertenencia eclesial.
- a) Es absurdo, sino criminal, casar a pololos que son sólo amigotes de adolescencia, que no logran tomar en serio las charlas, etc.; aun cuando estén esperando familia; ¿sobre todo cuando están esperando familia! Esto es multiplicar los matrimonios inválidos, pero cuya invalidez será muy difícil de probar. Cuando menos, el sacramento no será fructuoso.
- b) "Es una simple cuestión de lealtad, por parte de la Iglesia, hacer que cese la ambigüedad de celebraciones litúrgicas cuyo significado difiere totalmente para los interesados y para ella", como lo vimos también en el caso del bautismo (McAvoy, **Mariage et Divorce**, en **Etudes**, agosto-septiembre 1974). Lo que piden muchos jóvenes actuales es una solemnización sagrada de su matrimonio, una bendición, **no un sacramento** de Cristo,
- c) Lo mismo dígase cuando la pareja no pertenece ni pretende pertenecer al tejido vivo de la Iglesia, en el cual encontraría al mismo tiempo lo que el matrimonio significa y el apoyo para vivirlo.

¿Cómo atender el pedido que, por ahora, bastantes de esos jóvenes siguen planteando a la Iglesia? Una liturgia ambigua, que parezca sacramental sin serlo, ha sido rechazada por la Jerarquía y también por muchos fieles. En la situación actual crearía confusión. Hace falta seguir buscando una solución apropiada, lo cual podrá tomarnos algún tiempo.

3. Ejercicios

Las oraciones de esta parte pueden ser utilizadas por ambos esposos y luego compartidas. Esta solución parece mejor que pretender orar así juntos; es mucho el riesgo de quedarse conversando en vez de orar.

Si alguien sufre demasiado actualmente con su vida de pareja, pase al ejercicio N° 7, dejando a los primeros de lado.

- 3.1.** Para comenzar con un aspecto muy humano, pero profundo, del matrimonio, trata de reflexionar personalmente en torno al # **2.4.** del presente capítulo, refiriéndolo a tu experiencia de pareja. Y deja brotar la oración de acción de gracias o de petición que aquello te sugiera.

- 3.2.** Si lo anterior te resultó difícil pero entendiste la idea principal, repasa la historia de tu relación de pareja, rescatando todos los momentos positivos de ella y los momentos de clara superación de las dificultades. Da gracias a Dios por ello y renueva tu esperanza para el futuro.
- 3.3.** Ve si puedes orar con trozos del Cantar de los Cantares, teniendo presente con la tradición judía y cristiana, que el amor de la pareja refleja y evoca algo del amor y el encantamiento entre Dios y su Pueblo.
En este caso, puede ser hermoso dialogar el Cantar o parte de él entre los dos, prolongando algunas de sus expresiones con el lenguaje particular de cada pareja. Puede hacerse capítulo por capítulo, durante varios días.
Una variante más breve sería utilizar de la misma manera el salmo 45 (44).
- 3.4.** Lee Efes.5,21-33. (Si eres mujer, no digas demasiado rápido que S.Pablo era machista. El pasaje propuesto en el ejercicio siguiente sugiere otra cosa. Aquí mismo, lo original de Pablo no está en los vv.22-24, sino en los vv.25-30.) Evita leer los trozos relativos a tu pareja con la intención de sacárselos en cara y cobrárselos; céntrate en lo tuyo. El v.32 retoma, aplicándose a Cristo y la Iglesia, lo dicho a propósito del Cantar sobre la relación amorosa entre Dios y su Pueblo.
Puedes concluir tu coloquio con la siguiente oración del ritual:
Señor,
tú quisiste que la unión de los esposos
nos revelara el designio de tu amor
y fuera el signo de la Alianza
que hiciste con tu Pueblo.
Te pedimos que nos bendigas:
que a lo largo de nuestra vida común,
santificada por el sacramento del matrimonio,
nos demos el uno al otro la generosidad de tu amor,
y que, siendo el uno para el otro
signo de tu presencia,
seamos en verdad un solo corazón y un solo espíritu.
- 3.5.** Lee 1 Cor.11,11-13 (sin enredarte en el contexto que necesitaría largas explicaciones históricas). La justa reciprocidad y la cohesión entre el hombre y la mujer encuentran su origen y su fundamento en Dios, es decir,

que como tantas cosas aparentemente humanas, nos superan y sólo pueden ser recibidas como un don.

Puedes ampliar esta lectura y tu meditación con Gen.2,18-24, texto al que Pablo alude y que interpreta en profundidad.

Para tu coloquio, puedes aprovechar el salmo 127 (126).

- 3.6** Lee Jn 15,9-17. Agradece el don de Dios: la alegría de Cristo compartida, su amistad, su mandamiento como fuente de vida. Luego pregúntale al Señor hasta qué punto él ve realizado este amor mutuo, que va más allá del eros, en tu pareja. Conversa con él, según mejor te parezca.
- 3.7.** Si actualmente sufres en relación a tu pareja, puedes hacer tuyo el sufrimiento del Señor en Jer.2,1-8 y su promesa en Jer.33,6 y 11. Deja que el Señor renueve tu esperanza...y tu fortaleza. Ruega por tu pareja. Y por ti.
- 3.8.** Estés casado o no, observa qué haces para respetar, honrar y eventualmente apoyar el compromiso matrimonial de los demás. Agradece humildemente el bien que haces al respecto. Pide perdón si te sientes negligente o incluso culpable. En este caso, busca los medios de una enmienda sincera.
- 3.9.** ¿Cuál es tu actitud ante una eventual falta de fidelidad tuya? ¿Reírte, despreciarte, desesperar, acudir a Dios, acusar a tu pareja, buscar cómo renovar tu amor dañado...?
¿Y frente a una falta de fidelidad de tu pareja? ¿Despreciarla, difamarla, odiarla, desafiarla, culparte en exceso o justamente; buscar reconquistarla...? ¿Y frente a la infidelidad de otros? ¿Celebrarla, lamentarla, despreciar a la persona o a su pareja, ser compasivo sin complicidad, ayudar al otro (la otra) a salir de un mal paso...?

Eventualmente, medita o contempla Jn 8,2-11 y saca consecuencias para ti, y haz la oración que corresponda.

4. ¿En qué nos puede ayudar nuestra espiritualidad?

Aunque la CVX, movimiento laical ignaciano, no pretende desarrollar una espiritualidad específica de la pareja, como por ejemplo el Movimiento Familiar Cristiano, la espiritualidad ignaciana nos proporciona algunos elementos preciosos

para mejor vivir el matrimonio y para poder ayudar a otros a vivirlo. No nos abriga del fracaso, pero nos enseña a vivir el matrimonio como vocación, a **elegir** bien la pareja, a ser abnegados (servir), a creer en la acción de Dios.

- Un pasaje de los Ejercicios (Nº 135), **Preámbulo para considerar estado**, nos ayuda, en la línea de 1 Cor.7, a comprender el matrimonio como **una** vocación posible y no como una especie de necesidad o fatalidad pretendidamente natural. Esta vocación, como cualquier otra, ha de ser discernida a tiempo.
- Los Ejercicios son, por naturaleza, una escuela de **elección** y de elección bien hecha, en la que la libertad reconozca y asuma -y luego pueda vivir con acierto- el llamado personal de Dios. Podemos sacar provecho de este estupendo instrumento tanto para descubrir si tenemos (u otros tienen) vocación al matrimonio, como para la elección de pareja.
- Pero lograrlo supone mucha ascesis, una libertad muy purificada y una verdadera abnegación, abnegación que además todo amor exige tarde o temprano para ser real (por lo que significa de servicio al otro y de perdón). Justamente desde el Principio y Fundamento hasta la elección, los Ejercicios están hechos para purificar y "evangelizar" la libertad.
- Más profundamente aún, los Ejercicios son escuela de fe en la acción de Dios y de confianza en su amorosa y misericordiosa fidelidad. Pasar por esa escuela nos permite asumir mejor nuestra fragilidad, confiar en la fidelidad de Dios que, sola, puede fundar la nuestra, y tratar con amor misericordioso a los que, pese a todo, han fracasado en vivir su matrimonio o no logran vivirlo en su plenitud cristiana.
- La Comunidad de Vida Cristiana, en su nivel de pequeña comunidad, u otra forma de comunidad cristiana de base, puede ser un lugar privilegiado para el apoyo mutuo en la vivencia matrimonial, respetando sin embargo la debida discreción.

VIII. VIVIR EL SACERDOCIO DE CRISTO

1. Ser ministro del Pueblo de Dios

- 1.1. El Concilio Vaticano II precisó, mejor que antes, la diferencia entre el sacerdocio común de todos los fieles y el de los ministros que han recibido el sacramento del Orden. Devolvió todo su peso a la afirmación del primero y mostró cómo el segundo, distinto por naturaleza, está a su servicio, Pero ¿de qué servicio se trata? Esencialmente de recordar a todos, no en palabras sino en acciones, que **sólo Cristo es la Cabeza de la Iglesia**, de donde le viene toda su vida, la gracia, los sacramentos, etc. En la acción del ministro se significa cada vez, incluso para los demás ministros, que nadie se da la gracia a sí mismo ni puede robarla. Alguien tiene que entregar, de parte de Dios, la Palabra y los sacramentos, alguien tiene que representar la autoridad exclusiva de Dios, en especial del Hijo (cf.Mt.7,29; 9,6.8, etc.). Cuando un obispo o un sacerdote preside una liturgia o da un sacramento, no nos representa; representa a Cristo y nos encabeza frente al Padre.
- 1.2. El mismo Jesús no era sacerdote según el rito de su propio pueblo ni cumplía funciones sacerdotales de la Antigua Alianza. La Carta a los Hebreos lo declara sacerdote de un modo que trasciende el sacerdocio de cualquier religión, porque su acción sacerdotal no fue el cumplimiento de un rito sino **la ofrenda total de sí mismo**. Por eso, la liturgia agrega que él es al mismo tiempo el sacerdote, la víctima y el altar; el altar que santifica cuanto ponemos en él: todo nuestro ser (cf.Mt.23,18-19).
- 1.3. El sacerdote católico (u ortodoxo) actúa "en la persona de Cristo" y en absoluto por su cuenta. Como lo vimos al comienzo de este cuaderno, Cristo es el verdadero autor de todos los sacramentos, incluso del sacramento del Orden, cuando lo confiere el obispo. La **unción** de las manos del presbítero expresa su participación en la unción personal de Jesús por el Espíritu.
- 1.4. Pero el rito principal de la ordenación es la **imposición de las manos** que, como se ve ya en el Nuevo Testamento, va acompañada de palabras que indican su sentido, en este caso el **prefacio consecratorio**. Así el nuevo

sacerdote recibe su misión y la gracia apropiada, para el bien de la comunidad.

1.5. Esa misión se expresa en una **triple función**: enseñar, santificar (esencialmente por los sacramentos) y regir o pastorear al Pueblo de Dios. La prioridad de la enseñanza o predicación de la fe, recalcada por el Concilio, se expresa bien en el rito de la ordenación de los obispos, por la entrega del Evangelio y la fórmula: "anuncia la Palabra de Dios".
El obispo se asocia luego, para la triple función que le es propia, a los presbíteros y, para un servicio subordinado, a los diáconos que vinculan claramente en su ministerio propio, la atención de los necesitados con la liturgia.

1.6. Así quedan configurados los **tres grados** del sacramento del Orden: diaconado, presbiterado y episcopado, siendo éste la plenitud del sacerdocio cristiano, en la sucesión de los Apóstoles.
Recordemos que el Papa no es sino el obispo de Roma, sucesor de Pedro, y en cuanto tal, cabeza y unificador de todo el episcopado mundial.

2. Ejercicios

a) Para los que nos beneficiamos con el ministerio (episcopal, presbiteral y diaconal)

2.1. Toma conciencia del significado fundamental de los ministros que representan a Cristo, Cabeza de la Iglesia, su Cuerpo (Efes.1,22,Col.1,18-19): de él y de él solo la Vida pasa al Cuerpo. La gracia es gracia, don gratuito, jamás poseído, jamás manipulado, robado, negociado.
Da gracias por este don realmente divino y puro, que trasciende infinitamente nuestros esfuerzos y méritos. Estos nacen de la gracia y no al revés: profésalo en un acto de fe.

2.2. Lee 1 Cor.12,27-30. Agradece la diversidad de los carismas, la diversificación del Cuerpo de Cristo como de todo organismo lleno de vida.

2.3. Recuerda los sacramentos que has recibido de varios ministros. No importa quienes hayan sido. Reconoce en ellos y más allá de ellos a Cristo que te atendió y te atiende. Da gracias y termina, si quieres, con la siguiente

oración del misal:

Oh Dios, que diriges la marcha de la historia
con poder y con amor,
apiádate de tus ministros
por los dones que tu gracia les ha concedido,
y, por la eficacia de la eucaristía,
concédeles a ellos y a tu Pueblo
vivir en tu amor de tal manera
que a los pastores no les falte
la confianza de los fieles,
y a los fieles no les falte
el cuidado del pastor,
por Jesucristo nuestro Señor.

2.4 Ora por los diáconos, los sacerdotes, tu obispo, los obispos en general (los que tienen tu simpatía y los que no) y por el Santo Padre: que sean buenos pastores a imagen de Cristo. Puedes inspirarte en estas palabras del Concilio y del misal:

- que el Santo Padre sea principio y fundamento de la unidad de fe y de comunión entre los cristianos (incluso no católicos);
- que Dios lo ilumine, guarde y proteja, junto con el "rebaño" a él confiado;
- que siempre pueda confirmar a sus hermanos en la fe;
- que él y los obispos guíen siempre a sus hermanos por la palabra y el ejemplo, con la luz del Evangelio;
- que todos nuestros pastores tengan espíritu de ciencia y discernimiento, espíritu de consejo y valor, espíritu de piedad y temor de Dios;
- que edifiquen la Iglesia como sacramento de salvación para el mundo, este mundo de hoy;
- que los futuros pastores sean agradables a Dios por su santidad y útiles al Pueblo cristiano por su vigilante caridad pastoral;
- que, en la variedad de sus dones y temperamentos, sepan ser un episcopado uno e indiviso;
- que ellos y los sacerdotes, unidos a Cristo por su ministerio y su vida, por un amor constante, busquen solamente la gloria de Dios y produzcan frutos duraderos, sirviendo santamente al Pueblo de Dios;

- que perseveren en la oración y sirvan con mansedumbre y generosidad;
- que merezcan todos la confianza de los fieles y la encuentren;
- que estén a la escucha del Espíritu en todo el cuerpo de la Iglesia y así respeten y fomenten todos los carismas, y faciliten la unión entre todas las Iglesias actualmente divididas.

2.5. Ora también por los jóvenes que Dios llama al sacerdocio:

- que no sean víctimas de un ambiente demasiado frío, materialista y hostil,
- que reciban la formación apropiada y respondan generosamente, para servir y no ser servidos.

Si conoces a uno personalmente, o a varios, ora especialmente por él, por ellos.

b) para los ministros ordenados

2.6. Da gracias a Dios por todos los fieles que son para ti como una carta de recomendación ante él (cf.2 Cor.3,1-2).

2.7. Ora por ti mismo y los demás pastores y ministros de la Iglesia, con la oración indicada en **a) 2.4.**

2.8. Contempla a Jesús en Jn 13,1-17 y verifica la calidad y humildad de tu servicio.

2.9. Puedes prolongar tu oración con una lectura meditada (**lectio divina** que te lleve a la oración) de 3 Cor.4,1-6,10.

2.10 Medita Lc 17,10 y 1 Cor.4,1-7. Despréndete de tu trabajo pastoral: reconoce su origen en la gracia de Dios y déjalo todo en sus manos: pasado, presente y futuro, dolores y alegrías, éxitos y fracasos, agradecimientos recibidos e ingratitudes, proyectos y desalientos, etc.

3. **¿En qué nos ayuda nuestra espiritualidad?**

En los Ejercicios S. Ignacio nos guía en el **amor a "nuestra santa Madre Iglesia jerárquica"** con sus indicaciones para hacer elección (170) y con las Reglas "para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener". Estos son puntos claves de la doctrina y práctica pastoral de S. Ignacio. Si la letra de alguna regla es obsoleta, debido a la superación de las problemáticas de entonces y la aparición de otras, el espíritu del documento permanece.³

Podemos destacar principalmente el acto de **fe** que nos lleva a "alabar" la doctrina y la disciplina de la Iglesia y a darle nuestra entera adhesión "creyendo que entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es **el mismo espíritu** que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas [=almas]"; postura que, lejos de ser servil -e, históricamente, no lo ha sido-, encuentra su fundamento en el Nuevo Testamento, en la actitud personal y la enseñanza de Jesús, el Hijo.

Harto conocido es, por otro lado, el empeño de Ignacio y los primeros jesuitas en formar a **laicos** y comunidades laicales en espíritu de servicio a la Iglesia y a la sociedad, en especial a los más pobres.

Y para **los que somos ministros** de la Iglesia, la principal referencia es la parte VII de las Constituciones de la Compañía de Jesús, en especial la orientación hacia:

- "el mayor bien universal", "porque el bien cuanto más universal es más divino",
- "la mayor gloria divina",
- y "el mayor bien de las ánimas".

Objetivos confirmados en una de las últimas cartas de S. Ignacio (18 de julio de 1556): "mayor servicio divino, mayor utilidad de los prójimos. más universal bien y más perfecto", carta en la que el santo agrega: "y el reservarse un poco de tiempo para ordenarse a sí mismo y sus acciones, ayudará bastante para tal efecto".

Desde luego, cabría agregar aquí mucho de lo que dice Ignacio acerca de todo jesuita: ser un instrumento unido con Dios y "que se rija bien de su divina mano", bondad y virtud, caridad, y "pura intención del divino servicio", familiaridad con Dios y celo sincero de las almas "por la gloria del que las crió y redimió, sin algún otro interés" y, al mismo tiempo, aunque subordinadas, las cualidades humanas y los medios naturales, porque Dios "quiere ser glorificado con lo que él da como Creador, que es lo natural, y con lo que da como Autor de la gracia, que es lo

³ Remito aquí a nuestros cuadernos 9 y 19.

sobrenatural" (Const. 813-814).

Por último, en el discernimiento de la **propia vocación**, son decisivos el "preámbulo para considerar estados" y el "preámbulo para hacer elección" (EE.135 y 169), así como las demás indicaciones relativas a la elección.

IX. VIVIR EN CRISTO LA ENFERMEDAD

1. Alcance de la Unción de los enfermos

1.1. Partamos de nuevo del rito. La primera observación es que el óleo (o aceite) era, en la Antigüedad, **un remedio** para las heridas. Usamos, pues, un remedio; pero no una medicina corriente ni un recurso mágico; la palabra que acompaña el gesto lo refiere una vez más al misterio pascual de Cristo por el cual encontramos la salvación.

Así, de partida, sabemos que la Unción es para los enfermos⁴ y no para los moribundos; aunque supone tomar en serio un dato antropológico certero: pese a los intentos de la cultura actual para ocultar la muerte, la intuición de ella está presente en toda verdadera enfermedad. De modo que el sacramento busca la sanación o el alivio físico, pero no por sí mismo, sino en cuanto signo (posible, no necesario) de nuestra radical salvación de la misma muerte y del pecado.

1.2. La situación existencial del enfermo es una relación más problemática a su cuerpo, una experiencia nueva de su fragilidad, una incertidumbre para el porvenir (aunque sane), y por tanto es una situación de prueba o tentación en la cual el sacramento le significa que está llamado a tener parte en la victoria de Cristo. Incluso, la Unción completa y, si hace falta, suple el sacramento de la reconciliación, con tal que existan las disposiciones apropiadas en el que la recibe.

1.3. Toda unción sacramental es una **participación en lo que Cristo es**: el Ungido por el Espíritu del Padre. En la unción de un enfermo, Cristo se lo apropia más hondamente y lo afirma en su existencia cristiana, en un momento que, de por sí, es crítico. Igual que cuando, en su vida mortal, "tomó sobre sí" nuestros males, hasta morir (Mt.8,12, aludiendo a Is.53,4), pero "levantaba" a los enfermos, él que iba a "levantarse de entre los muertos".

1.4. La sanación-salvación significada en el sacramento puede tomar dos formas

⁴ El Concilio precisa que el momento oportuno para recibir este sacramento es cuando "el fiel **comienza** a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez".

que corresponden a la ambivalencia de la enfermedad:

- o bien la sanación física y una vida renovada; entonces la experiencia de haber superado la crisis aumenta la fe en la resurrección futura;
- o bien la muerte misma es transformada: deja de ser signo del pecado y la "cólera" de Dios, y se vuelve, como para Jesús, camino hacia el Padre. El cuerpo es honrado y de nuevo consagrado por la unción, para significar que no está destinado a la corrupción.

1.5. En **Lumen Gentium**, N? 11, se exhorta al que recibe la Unción a unirse a la Pasión y muerte de Cristo, "para contribuir al bien del Pueblo de Dios". Es decir, una vez más encontramos el aspecto de **misión** de todo sacramento, nuevamente expresado por la imposición de la mano del sacerdote.

2. Ejercicios

Según las personas y el momento, pueden convenir (o no convenir) oraciones muy distintas, relacionadas o no con el sacramento. Por eso se ofrece a continuación cierta variedad.

2.1. Oraciones del afligido que se sabe más bien inocente:

- Salmo 31 (30),1-11 y 20-25. (Los versículos omitidos servirán solamente a quien se sienta además agredido.)
- Salmo 102 (101), o, más largo y del mismo tono, el Salmo 22 (21) que Mt. y Mc ponen en boca de Jesús crucificado.

Según la disposición interior que predomine en ti, puedes concluir tu oración con esos salmos, más o menos lenta y meditativa, retomando como jaculatoria repetida:

o bien: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?",

o bien: "En tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23,46).

- Job 19,13-27: aprovecha los dos momentos de este pasaje, la extrema aflicción y abandono, y la formidable esperanza, confirmada más tarde por la resurrección de Jesús y su promesa: "Yo he venido para que tengan vida en abundancia" y "yo le resucitaré en el último día" (Jn 10,10 y

6,54)

- 2.2.** Oración del afligido que además se sabe culpable: Salmo 38 (37). Este salmo puede servir para preparar una buena confesión y recibir el perdón del Señor.
- 2.3.** Oración para asumir la situación y unirse con Cristo: Mc 14,32-42.
Después de meditar o contemplar esta escena, podrías
- saborear la cita de Isaías en Mt.8,17: "El tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades",
 - y hacer tuya la bella frase de S.Pablo en Col.1,24: Me alegro de sufrir por ustedes, pues voy completando en mi carne mortal lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia."
- 2.4.** Oraciones de esperanza en el dolor:
- Sabiduría 11,24-12,1: Dios no quiere la muerte. Y aunque se asome la muerte, Dios nos sigue llevando a la Vida. Es verdad para todos lo que Jesús dijo de Lázaro (Jn 11,4): "Esta enfermedad no es para muerte; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella." Jesús es resucitado y resucitador: su gloria, él la comunica y comparte con todos los que creen en él (Jn 6,54; 17,22-25).
 - Dos bienaventuranzas: - "Dichosos los que lloran porque serán consolados" (Mt. 5,5): dichosos desde ya, porque saben que serán consolados y Jesús ya está con ellos consolándolos con su palabra y su acción.
 - "Dichosos los que creen sin haber visto" (Jn 20,29): dichoso tú si, sin vislumbrar la salud, mantienes viva tu fe. El Señor te sostiene. Alégrate y dale gracias.
 - Si te cuesta entrar en esta esperanza alegre, sepas que muchos la han alcanzado; sigue rogando con confianza.
- 2.5.** Aprende a recibir alimentos y medicinas como un anticipo o una prolongación de los sacramentos de la Unción y de la eucaristía. Todo es don de Dios.
- 2.6.** Oraciones para vivir la sanación como misión:

- Lc 4,38-39. O bien puedes pedir al Señor que te sane para que puedas servirle a él y a tus hermanos; o bien, agradecido (a), vuelves a servir con más generosidad que antes. Y si quedan en ti restos de dolor interior, recuerda que "la sanación total es la oblación total" (C.Aldunate, S.J.).
- Lc 10,25-37: para vivir el mandamiento de amar a tu prójimo, tú que recién eras el herido en el camino y fuiste atendido por el buen samaritano (parientes, médico, enfermeras... y el mismo Señor), "anda y haz tú lo mismo": atiende a otros que han sido heridos por la vida o la enfermedad.⁵

3. ¿En qué nos ayuda nuestra espiritualidad?

En los Ejercicios, S.Ignacio nos plantea, de partida, la necesidad de ser "indiferentes" entre salud y enfermedad: ¿qué programa! Luego sólo vuelve a mencionar la enfermedad cuando pide no abusar de penitencias y privaciones hasta enfermar: ¿será un riesgo que tú estás corriendo?

Tres pasajes de las Constituciones de la Compañía de Jesús pueden ayudarnos a todos:

"En el tiempo de las **enfermedades**, no sólo debe (el jesuita) observar la obediencia con mucha puridad a los Superiores espirituales para que gobiernen su ánima; mas aun con la misma humildad a los médicos corporales para que gobiernen su cuerpo. Asimismo el tal enfermo, mostrando su mucha humildad y paciencia, no menos procure edificar en el tiempo de su enfermedad a los que le visitaren, conversaren y trataren, que en el tiempo de su entera salud, a mayor gloria divina" (89).

"En las enfermedades todos procuren sacar fruto de ellas nos solamente para sí, pero para edificación de los otros; no siendo impacientes ni difíciles de contentar..., usando palabras buenas y edificativas que muestren se acepta la enfermedad como gracia de la mano de Dios nuestro

⁵ Si padeces una enfermedad crónica, te pueden ayudar Mc 5,25-34 y Jn 5,2-9.

Si sufres por tener a un hijo enfermo, 2 Reyes 4,8-37 y Jn 4,46-53.

Y si es por tener a un hijo o hermano drogadicto, Mt.17,14-20 (o 21): donde no podemos nada nosotros mismos por un ser humano muy deteriorado, el Señor sí puede y nosotros también por la fe en él.

Criador y Señor, pues no lo es menos que la sanidad" (272).

"Como en la vida toda, así también **en la muerte** y mucho más debe cada uno de la Compañía esforzarse y procurar que Dios nuestro Señor sea en él glorificado y servido, y los prójimos edificados a lo menos del ejemplo de la paciencia y fortaleza con fe viva, esperanza y amor de los bienes eternos que nos mereció Cristo nuestro Señor con los trabajos tan sin comparación alguna de su temporal vida y muerte" (595).⁶

Retengamos también, para enfrentar la enfermedad, algunos pensamientos de Ignacio en su correspondencia:

- la enfermedad es una visita de Dios (varias cartas); un "don muy precioso del Padre" (al P.Francisco de Attino);

- la enfermedad es una excelente escuela de vida cristiana. Después de desear la sanación de Isabel Roser, le agrega, en su carta del 10 de noviembre 1532: "Sin embargo, en considerar que estas enfermedades y otras pérdidas temporales son muchas veces de mano de Dios nuestro Señor porque más nos conozcamos y más perdamos el amor de las cosas criadas, y más enteramente pensemos cuán breve es esta nuestra vida, para adornarnos para la otra que siempre ha de durar, y en pensar que con estas cosas visita a las personas que mucho ama, no puedo sentir tristeza ni dolor, porque pienso que un servidor de Dios en una enfermedad sale hecho medio doctor para enderezar y ordenar su vida en gloria y servicio de Dios N.S."

Por último, para **nuestro trato con enfermos**, sacaremos provecho de esta recomendación a los Padres enviados a Irlanda: "Con los que sintiéremos tentados o tristes, habernos graciosamente con ellos, hablando largo, mostrando mucho placer y alegría, dentro y fuera, por ir al contrario de lo que sienten, para mayor edificación y consolación" (septiembre 1541).

Este tipo de trato es mejor que quedar prisionero de las quejas del enfermo o tratar de consolarlo directamente.

⁶ En nuestro cuaderno N° II, el P.Raimundo Barros, S.J., mostró cuán admirablemente había vivido estas reglas el P.Alberto Hurtado, hoy Bienaventurado.